



Comisión 6

Índice

1. La segunda vez. Agustín Barreto
2. El pasaje fantasma. Álvaro Barría Lorca
3. Un viaje que no termina bien. Sol Betbeder
4. Memorias del día que morí. Paulina Bonino
5. La Vuelta. Tomás Cabutti
6. Nunca Volvieron. Antonella Cáceres
7. Hasta siempre amigo. Martín Coto
8. Habilidades que no se olvidan. Lucrecia Cunioli
9. Sin rastros. Candela Díaz Roldán
10. Cuando perdés más de lo que ganas. Jazmín Dominguez Pieres
11. Espacio de rencor. Sabrina Fagalde Zurita
12. Guerra interior. Luna Fogolin
13. Cómplices. Santiago Formosa
14. El viaje que no volvería hacer. Fermín Fuentes Dubosq
15. Final del conde de Montecristo. Juan Gálvez
16. La soledad a veces es una condición humana. Celina Jazmín García Antón
17. Neuropsiquiátrico. Franco Gaspari
18. Una noche mágica. Gabriel Gonzalez
19. Una extraña despedida. Patricio Herrera
20. El viaje que no volvería a hacer. Paola Herreros Polanco
21. Un nuevo mundo. Alejo Isacch
22. Ejemplo. Sofía Lafuente
23. La lucha. Micaela Lo Fiego
24. El garca. Felipe Martiarena
25. Lo que esconde la oscuridad. Carolina Niz
26. Aniquilación Planificada. Leonel Pánico
27. La muerte letal. Kevin Phravichit
28. En el cerro. Renzo Polo
29. Basta abuelo. Juan Manuel Real
30. La trampa francesa. Julián Saldarini
31. La advertencia de la criatura. Lucía Sánchez
32. Soledad. Emanuel Schell
33. El hombre y la botella. Tomás Urrutia

La segunda vez

Agustín Barreto

Paseando por la funeraria de Puan, ubicada en la calle Moreno al 500, veo todo desde un punto nunca antes visto. Veo a mi familia muy mal pero todavía no entiendo porqué. Sigo dando vueltas, mucha gente conocida, amigos y también gente que no saludé nunca en mi vida. Salgo afuera, autos que frenan a chusmear. De repente miro el cartel de afuera y veo mi nombre escrito en él. Entro rápido al sector donde está el cajón y sí, efectivamente ahí estoy yo, dormido y mucho más pálido.

¿Cómo llegué hasta ahí? Me pregunto y sigo sin entender. ¿Estaré muerto? ¿Cómo fue que sucedió?, si hasta ayer estaba re bien. Cené con mis amigos, volví a casa, me acosté y entonces parece que nunca desperté.

En realidad, siempre me había preguntado cómo sería mi funeral, quiénes irían a aunque vería lejano el hecho de poder responder esa pregunta.

Ver a mi familia destruida, mi mamá al lado del cajón llorando un mar de lágrimas, mi hermanito abrazando a mi papá en estado de shock, sin expresión alguna. Verlos así me mató, fue como morir pero por segunda vez. Aunque ahora admito que lo sentí.

Hubiera preferido no ver nada de esto, quedarme con la imagen de una familia unida, amigos incondicionales, risas y mucha felicidad. Pero nunca me imaginé que morir iba a ser así.

Pasaron horas y horas, la gente comenzaba a irse, quedaban los reales, los más cercanos. Yo seguía concentrado en mi familia directa desgarrada por mi pérdida y lo mal que me hacía sentir eso. Siento como se me parte el corazón (si el mío aún latiera) viéndolos así.

De a poco empiezo a irme involuntariamente, comienzo a ver todo borroso, me alejo despacio y lo último que observo es la cara de mi hermanito mirando mi cuerpo fijo mientras cerraban el cajón.

El pasaje fantasma

Álvaro Barría Lorca

En un lejano pueblo, hace muchos años, se conoció la noticia de que una joven había muerto cuando salía de trabajar en circunstancias desconocidas. Muchos dicen que fue asesinada cuando intentaron robarle, otras versiones cuentan que simplemente se había desvanecido y habría muerto en el acto.

Lo cierto es que a Don Jacinto, colectivero de la línea 60 que iniciaba su recorrido desde la estación de buses y terminaba su trayecto en el cementerio del pueblo, poco le importaba esta historia que no hacía más que con los años deformarse.

Un domingo de lluvia, por la tarde, casi noche, Don Jacinto regresaba del cementerio, ya no como activo de línea. Simplemente debía llevar el colectivo a la estación. Camino a ésta se cruzó con una mujer que lo paró.

—Buenas noches señorita, pero no estoy trabajando —anuncia Don Jacinto.

A lo que ella responde:

—Sepa disculparme buen hombre pero estoy empapada, es domingo y debo visitar a mi madre.

Don Jacinto la hizo subir, le ofreció su campera de abrigo por lo que la señorita agradeció tal amable gesto. Al llegar a destino, ella intentó devolverle dicha campera pero el colectivero se negó y acordaron pasarla a buscar al día siguiente en ese mismo lugar. Al otro día, Don Jacinto fue a la casa de la madre de la señorita a buscar su abrigo. La madre, sorprendida, le dijo que su hija había muerto hace ya muchos años y además le contó que por la noche había soñado con ella y que llevaba una campera puesta. Don

Jacinto estremecido por lo que escuchaba, no lo creía hasta que con la madre fueron al cementerio y vio su campera tirada en la tumba.

Un viaje no siempre termina bien

Sol Betbeder

Era un viaje de esos que se hacen con familia y amigos, habíamos decidido ir al norte del país. Fue bastante difícil tomar esa decisión porque papá y yo queríamos ir al sur, y el resto de mi familia al norte. Esa noche, en la cena, pusimos en debate a dónde iríamos y como los que querían ir al norte eran mayoría, no quedaba otra.

—¡Decidido! —dijo papá —vamos al norte.

A la mañana siguiente llegaron temprano los autos con mis amigos que viajarían con nosotros. Había nervios, emoción, alegría, risas y mucho ruido, queríamos partir ya. Tomamos todas las cosas y salimos. El destino era Catamarca.

El viaje fue larguísimo en horas pero la diversión y los buenos momentos que pasamos dentro del auto, y en las paradas que fuimos haciendo, lo hicieron más ligero. Después de mucho viajar llegamos al lugar predestinado. La casa era enorme, parecía que tenía mucho tiempo sin que nadie la habitara, tenía un parque hermoso con mucho verde, era de esos lugares soñados. Tanto espacio hacía que te intrigara conocerlo todo, y me generaban unas ganas inmensas de correr por él gritando como cuando era una niña y no importaba lo que alguien dijera o pensara.

Por dentro era bastante oscura eso me atraía, me gustaba. Tenía cortinas larguísimas, ya que las ventanas eran muy altas. Abrimos todas las ventanas, cortinas y puertas. Todo era perfecto. Había demasiada calma en ese lugar, hasta resultaba extraño.

Me llamó la atención que siendo un día tan bello no se escucharan pájaros cantar. No se escuchaba nada más que lo que hablábamos entre nosotros.

La tarde la pasamos frente a una fogata, con guitarra y canciones viejas. Fue ahí donde nos enteramos la historia que tenía la casa.

—Según cuenta la leyenda... —comenzó papá.

Todos estábamos dándole plena atención al relato que recién estaba por empezar.

La leyenda contaba la historia de familias, que al igual que nosotros, había ido a vacacionar a esa casa. Lo terrorífico del relato era que habían sido descubiertos brutalmente asesinados y algunos habían desaparecido.

Con esa historia en la cabeza, todo el mundo se dirigió a sus cuartos.

Esa noche, cuando todo el mundo dormía, se hizo presente. No fue como en las películas, que esperan días para aparecer y van dejando señales. Se paró frente a mí, me miró fijamente. Yo esperaba que me asesinara, o tal vez no, no lo sé. Estaba aterrada.

—¡No quiero que estén aquí! —su voz era normal pero escalofriante.

Sólo se escuchó mi grito que irrumpió en la silenciosa noche, y segundos después, la casa se encontraba completamente sin vida. Todos habían muerto.

Memorias del día que morí

Paulina Bonino

Escucho que el café está espantoso y me parece lo más justo. Me gustaría estar con ellos, porque lo quiero y porque tienen esos sándwiches de miga que tanto me gustan. Al unísono lloran, mastican y tragan con una coordinación envidiable. Si yo estuviese en su lugar me moriría otra vez.

Mi madre se sigue preguntando qué habrá hecho mal. ¡Mujer, me pisó un auto! Basta de culpas. El impacto del auto no fue tan terrible como el resultado: apenas una marca en el hombro, apenas una muerte. Y como si la desgracia de morir no fuera suficiente, el auto que me atropelló era, escuchen bien, ¡un Fitito! Porque morir a causa de un Audi es una cosa, pero morir por un Fitito...

Afortunadamente, pude terminar la carrera y trabajar unos años de eso. Me reconforta saberlo, pero sí, mi mamá tiene razón, es injusto, era muy joven.

Escucho a mis amigas acordarse de viejos tiempos, de salidas a los quince años y los besos sin placer. Ni muerte me dejan olvidar al sodero que me llevaba diez años y casi un metro. No, el sodero no está, claro.

No tengo novio así que no hay quien lamente una cama fría y grande. Mi vecino se ríe y me molesta, no sé si tendré algo en la cara o si se me habrá corrido la pollera. No logro indignarme, pero ¿Les parece? ¿Enterrarme con pollera?, en el cielo también existe el invierno che.

Mi mamá ya no llora y eso me pone un poco bien, quizás sea el efecto del clonazepan o quizá es el café que lo acaban de cambiar.

La Vuelta

Tomás Cabutti

Tal vez ya era suficiente... Tres años en el frente lo habían cambiado. El impulso por desprenderse de las armas y del uniforme se tornaba cada vez más imperioso. El discurso que tanto les habían repetido sobre el patriotismo y el amor a la tierra ya era un vago recuerdo en las mentes de los pocos que quedaban aún de pie. La soledad de las trincheras se aferraba al hambre de los comedores y al inminente avance de las tropas francesas. ¿Acaso se había vuelto loco? ¿Existía todavía la esperanza de ver a su familia de nuevo? Eran dos cosas que Paul estaba por descifrar.

Ya estaba anocheciendo cuando volvieron de otra fría tarde en las trincheras. El comedor, sucio y silencioso, los esperaba con los brazos abiertos pero con las ollas casi vacías. Paul no tenía hambre y se dirigió a la enfermería para ayudar a sanar heridas ajenas. —Me dijeron que Müller se está recuperando de forma casi milagrosa —le comentó Frank, el enfermero del turno nocturno.

—Al fin una buena noticia. ¿Y qué hará cuando salga del hospital?

—Mañana mismo le darán el alta y lo enviarán de vuelta a casa.

Al oír esto, Paul empacó sus pocas pertenencias y esperó a la medianoche para escapar sin que nadie lo note. En el camino al hospital le surgieron dudas y hasta estuvo a punto de abandonar su plan de escape, pero entendió que si quería volver a ver a su familia, no tendría otra oportunidad.

No podía evitar sentirse un desertor, un cobarde que no hace más que huir. Sin embargo, la hora de volver a casa había llegado. El momento de enfrentarse a aquellas personas que lo habían abandonado, y también de encontrarse con los familiares de sus compañeros, la mayoría fallecidos.

Tal vez sí, ya era demasiado... Demasiado sufrimiento, muerte, hambre y silencio para este Héroe de Hierro que le ponía punto final a su presencia en la Gran Guerra.

Nunca volvieron

Antonella Cáceres

Caterina Romero estudiaba en un colegio muy importante de Buenos Aires, dirigido por hermanas superiores. Las reglas eran muy diferentes, sólo tenían un día libre a la semana, cumplían horarios específicos para almorzar, merendar, cenar y dormir.

Caterina fue obligada por sus padres, no estaba de acuerdo pero tuvo que aceptar por ser menor de edad. Pertenecía a un grupo donde ninguna estaba conforme con estudiar en ese lugar, todas estaban en contra de su voluntad.

Un día decidieron escaparse del colegio, queriéndose hacer las rebeldes, pero la jugada les salió mal. A medianoche del sábado, Caterina y sus amigas salieron a un boliche ubicado a media hora de su colegio. No sabían donde se metían, todos eran menores de edad, pero ingresaron igual.

Era un boliche inhabilitado, con un ambiente muy turbio. Al ingresar no entendían donde se habían metido, todas empezaron a entrar en pánico, buscaban la salida más rápida posible, pero se encontraron con dos personas de seguridad que no las dejaban salir.

Habían entrado a un lugar donde prostituían y vendían mujeres. El dueño era un empresario muy importante que estaba unido al político más conocido de la provincia, Roberto Andrade.

Pasaron días y los padres de las chicas no entendían por qué sus hijas no estaban en el colegio privado por el que todos los meses pagaban fortuna.

Transcurridos dos años, Caterina y sus amigos no aparecían, este grupo de personas lo único que hacía era venderlas y usarlas, para ganar dinero.

Así transcurrieron los años y las chicas nunca aparecieron. Sus padres siguen en la lucha por encontrarlas.

Hasta siempre amigo

Martín Coto

Entrando al velorio de mi amigo Martín, vi a su madre desconsolada en los brazos de su marido, que con más fuerzas que ganas contenía sus lágrimas.

Fuimos amigos desde el primer día que se mudó junto a mi casa. Algunas palabras no le salían bien por su corta edad. Nos criamos a la par. A sus 12 años le diagnosticaron un problema en la cabeza. Cuatro años más tarde perdió la vida mientras dormía, impidiéndome despedirme de él.

En una de las sillas de la entrada, se encontraba su hermano consolando a una chica. En el fondo de la habitación larga e iluminada, se veía el cajón donde estaba descansando en paz. A su alrededor había un grupo de personas que no conocía. Cordialmente las saludé, demostré mis condolencias y esperé a que se abriera un lugar para poder despedir a mi amigo.

En silencio me acerqué al cajón y lo vi tal cual lo había visto hacía unos días. Parecía que simplemente estaba durmiendo como tantas veces lo tuve que despertar para ir a jugar. Aunque sabía que no volvería a abrir sus ojos.

Luego de unos minutos mirándolo y recordando momentos junto a él, me alejé y fui a saludar a su madre. Entre lágrimas conversamos, recordándolo y reprochándose porque le tocaba a su hijo ser el que ocupaba el cajón.

Por la puerta entraron personas que no conocía en su mayoría, pero compartía su misma sensación de rabia y tristeza. A mi alrededor se formaban grupos de personas conversando,

algunos supongo que no se veían hacía tiempo, otros debatían dónde debía colocarse el ataúd.

Un hombre vestido formalmente salió de una habitación y notificó a los presentes que quedaban diez minutos para despedir a mi amigo, antes de que lo trasladaran al cementerio.

Su madre, luego de un suspiro profundo, agarró la mano de su marido y se levantaron para despedir por última vez a su hijo, le siguieron sus hermanos y luego de que pasaron todos me arrimé y deposité en el cajón el muñequito de Gokú que me había regalado en mi primer cumpleaños como su amigo. Cerré mis ojos y cayó una lágrima sobre su pecho. Por segunda vez salió el hombre de traje y nos pidió que despejáramos el espacio así lo subían al coche fúnebre, para posteriormente, dirigirnos a su entierro.

Habilidades que no se olvidan

Lucrecia Cunioli

Esta historia comienza con un grupo de mozos que sufren un mal momento al ser secuestrados por dos hombres que se hacían llamar asesinos. Estos criminales, estaban en ese restaurante por una razón siniestra: matar a un cliente que iba todos los días a cenar.

Al ver que Ole no llegaba, Al y Max, los asesinos, empezaron a enloquecer.

—Al, ven aquí —le dijo Max preocupado —Ole no aparece y no sé si va a venir. ¿Qué hacemos?

—Max, tranquilízate, va a venir. ¿Por qué no lo haría?

—Tal vez algunos de estos chicos le advirtió de la situación —le dijo Max mirando hacia la cocina en donde se encontraban los mozos.

Como había imaginado Max, uno de los chicos le había advertido del momento que estaban viviendo.

—Ole, soy yo, Nick —le dijo con la voz fina y aire de terror —no vengas hoy a cenar. Aquí en el restaurante hay unos asesinos que te están buscando.

—¿Cómo es eso? ¿Están ustedes en peligro? —preguntó Ole confundido —voy para allá.

Max se dio cuenta de la situación por los nervios de Nick.

—Chico vivo, ven aquí —le dijo Max enojado desde la cocina —¿vos abriste la boca?

—No señor... yo no dije nada —Nick no pudo terminar de hablar que Ole apareció por la puerta.

Ole en años pasados había sido boxeador, y sus habilidades todavía las tenía. En un abrir y cerrar de ojos, noqueó a los dos asesinos y así pudieron deshacerse de ellos.

Sin rastros

Candela Díaz Roldán

El cielo estaba rojo sangre y toda la ciudad escondida en sus casas, corría el rumor de que habrían llegado una numerosa cantidad de extraterrestres.

Miré por la ventana hacia el exterior, no había nadie, intenté relajarme y leer un poco el libro que me había regalado mi padre; al fin pude distraerme. Luego de dos horas de tranquilidad, golpean la puerta desesperadamente.

Al abrir la puerta se asoma un hombre desesperado que había logrado escapar de un extraterrestre y no tuve duda en darle refugio.

Cerré y aseguré todas las puertas y ventanas de mi casa. Nos encerramos en el subsuelo donde tenía siempre provisiones en caso de terremotos, pero esto era más grave.

Alrededor de las once de la noche se escucharon gritos en la casa de al lado, ahí fue cuando comencé a desesperarme.

Golpearon nuevamente pero esta vez de manera tranquila, no quise abrir, preferí quedarme en el subsuelo. Al pasar treinta minutos la derrumbaron, el hombre que dejé esconderse conmigo me dijo que no emita sonido y me tapó la boca.

Eran los extraterrestres que habían entrado a mi casa, sus pasos parecían como si rasguñaran un pizarrón. Cada vez se acercaban más al subsuelo, hasta que lo encontraron.

Me escondí junto con el hombre en un baúl, pude observar a los extraterrestres desde el cerrojo, parecían virulanas naranjas, en el camino dejaban una baba amarilla.

Mi susto era tan grande que no pude aguantar el llanto, el extraterrestre me escuchó, agarró el baúl y lo abrió.

Ví como al hombre lo agarraban y lo llevaban para la baba, a mí lo mismo.

Desnudaron al hombre y se lo tragaron sin dejar rastros, no entendía por qué a mí no me hacían nada más que seguir babeándome y lastimarme con sólo tocarme, hasta que...

Cuando perdés más de lo que ganás

Jazmín Domínguez Pieres

En el interior de la provincia de Chubut vive una familia compuesta por cuatro niños y sus padres. Con necesidades básicas, como un hogar con servicios de gas, luz y agua para poder sobrevivir las estaciones más difíciles, como el crudo invierno (cuyas temperaturas son bajo cero). Los padres trabajan con un sacrificio enorme, sin embargo, eso no alcanza y los menores tienen que salir a rebuscársela para ayudar a sus papás para tener el plato de comida todos los días.

Esta es la historia de Joaquín, un niño de nueve años y el mayor de sus hermanos. Al ser el más grande está obligado por sus padres a trabajar desde muy temprano, con muchísimo frío, en el campo esquilando ovejas.

El niño lo ve como un juego porque no llega a darse cuenta de la gravedad de la situación. Tendría que ir a la escuela y vivir explorando su niñez, sin preocupaciones ni trabajo esclavo.

Como todos los días, el menor y su familia se levantan a las seis de la madrugada para viajar a caballo y llegar al campo donde trabajan hasta que se va el sol. Luego, vuelven a su hogar cansados, con una helada que les atraviesa los huesos. Cenan, comparten un pequeño momento en familia y se van a descansar, para otra vez arrancar al día siguiente con la rutina difícil y complicada que les toca vivir.

La cruda realidad que vive Joaquín, la viven miles de niños en todo el mundo. Estamos atravesados por el trabajo y la explotación infantil, el porcentaje es cada vez superior. A las familias más necesitadas de bajos recursos, no les queda otra opción que trabajar para sobrevivir y por eso cada vez más niños son incluidos en distintos tipos de trabajo en negro para poder seguir con sus vidas y no morir de hambre.

Espacio de rencor

Sabrina Falgalde Zurita

¿Quién diría que cuatro personas tan diferentes se encontrarían juntas en algún momento de su vida? El ascensor se detuvo y no existía otra alternativa más que esperar.

Todos ellos, eran vecinos de diferentes pisos de un mismo edificio: Andrea, una esposa trofeo, hermosa, excéntrica, vanidosa y ambiciosa; Esteban, un importante diputado de la ciudad, hombre hecho y derecho, criado a la antigua, no toleraba nada que esté fuera de

lugar; Jorge, un amistoso comerciante homosexual que no ocultaba su identidad pero se encontraba discriminado por muchas personas y Juan Pedro un joven sacerdote respetuoso de sus ideales y tradicional.

La idea de encontrarse nunca pasó por sus mentes, se conocían pero no se toleraban. Lo cierto es que formaban una cadena de rencor invisible para ellos.

Andrea odiaba secretamente a Esteban, fueron amantes durante una época, ella lo amaba, pero él nunca la aceptó como digna para ser su esposa.

Esteban, no toleraba a Jorge por su tendencia homosexual.

Jorge, odiaba profundamente a Juan Pedro, tenía en su mente la idea de que Dios lo creó como una persona homosexual y luego, hizo que todos se volvieran en su contra.

Por otro lado, Juan Pedro odiaba a Andrea, creía que todos los seres del edificio eran pacíficos y llenos de luz, pero se equivocaba con esta mujer.

La hora en ese ascensor fue eterna. La ira se veía en sus rostros, todos intentaban mantenerse en calma, hasta que el ambiente explotó.

—Es triste que tengas que entretener tu vida sexual observando un personaje ficticio. —Dijo Esteban dirigiéndose a Andrea, refiriéndose al personaje vulgar que se veía en la portada de su libro.

—No me sorprende —Comentó Juan Pedro por lo bajo.

—¿Sabés qué es lo más triste Esteban? —contestó Andrea, —que aún siendo un personaje ficticio, calienta a más mujeres que vos.

—Te apoyo chica, la verdad que es muy sexy, pero Esteban vos no te quedas atrás —agregó Jorge con una sonrisa pícara.

—Qué asco —pudo decir Esteban por lo bajo.

—Lo cierto es que todos acá son muy inmorales —dijo Juan Pedro.

—Pero vos tenés el peor de los defectos, una mente cerrada y podrida —contestó Jorge con rencor.

La discusión siguió, sus gritos se escucharon en todo el edificio, cada uno se enfrentaba a aquel que superaba el límite de una vida tranquila. Se ofendieron de manera inimaginable, lo peor salió de su mente para insultar a esos enemigos que nunca habían intentado enfrentar.

Se miraron vulnerables y dolidos cuando el ascensor descendió. Cada uno salió del edificio sin decir una palabra, pensando que nada de eso había sucedido.

Guerra interior

Luna Fogolin

Recapitó, dudó, pero finalmente decidió volver a su casa con la necesidad de darse cuenta si realmente quería seguir en la guerra y poder llegar a terminar con el mismo final de Francisco, su amigo, muerto en plena batalla.

Antes de hacer esto, volvió al servicio, para comunicar al resto de sus compañeros lo que tenía pensado hacer. Se encontraba en una guerra interior consigo mismo, por un lado quería volver a su casa, encontrarse con su hogar, y darse cuenta si realmente valía la pena perder la juventud así; por otro lado sentía que abandonaba de cierta forma, a sus compañeros, arriesgándose a volver y ya no encontrarlos.

Emprendió el viaje hacia su casa pensando con qué se encontraría y cómo lo recibirían, también pensando en sus amigos que se habían quedado y en los que ya no estaban.

El dolor de comunicarle a la madre de Francisco que ya no iba a volver a verlo, que ya no estaba en la guerra, que ahora descansaba sin dolor.

Finalmente llegó, con mezcla de angustia, dolor, enojo y alivio. Su cabeza estaba muy confusa pero fue su decisión, la cual necesitaba para saber lo que realmente valía la pena para su vida.

Volver a sentir olores cercanos, ver las calles por las que transcurrió toda su infancia y, lo más importante, volver a ver esos ojos que lo habían criado y lo conocían más que nadie, los de su madre.

Cómplices

Santiago Formosa

Con sol, lluvia, frío o calor, no importa cuál sea el clima, cuando el semáforo se vuelve rojo y los autos frenan de mala gana, los niños deben salir a exponerse a insultos, discriminaciones o maltratos. Ellos son los encargados de llevar dinero a sus hogares para subsistir y poder satisfacer las exigencias de sus padres.

Los jóvenes, con inocencia y con la lástima que generan en los conductores, explotados por quienes responden y sin oportunidades en una sociedad desigual que los excluye y los juzga por los parámetros ya establecidos en las calles y los medios de comunicación. En la incomodidad de la vereda se sientan, acomodan sus pertenencias y desarrollan sus infancias sin ninguna contención, a excepción del kiosco de la esquina que le obsequia lo que no vende al finalizar la semana.

Comúnmente, se remite la culpa a quienes son sus responsables, que en el imaginario siempre duermen la siesta y los obligan a realizar las tareas inhumanas. También, la ausencia del Estado que no cumple su rol y a la casa no llegan los recursos necesarios. Pero la problemática reúne cómplices, personas que transitan diariamente la misma esquina y establecen una relación con el sometido. Gente que no quiere hacerse cargo del problema, por lo que también es responsable.

En vez de llamar a un organismo estatal para erradicar el problema, deciden cada tanto dar unos pocos pesos para tener tranquila la conciencia y establecer un vínculo cordial para excusarse.

—Hoy no puedo, pibe. Te di ayer —reclaman algunos conductores desde un lujoso auto que deciden el destino para vacacionar que les plazca.

A esta forzada relación, el que pide se aprovecha y depende de los pesos que cada tanto consigue. Esto genera un círculo vicioso, del cual es difícil salir e imposible ponerle fin a la explotación.

El viaje que no volvería a hacer

Fermín Fuentes Dubosq

Corría el año 1942, era mi mejor momento. Con sólo 22 años me estaba convirtiendo en un ídolo de Defensores de Belgrano. Si bien disputábamos la segunda división y ocupábamos puestos medios, la gente amaba mi entrega en cada partido. Sin embargo, un llamado en aquel frío junio porteño, cambiaba mi carrera. El presidente del club más grande de la Argentina me llamaba: en diez días jugaría en River Plate.

El 18 de junio llegué, estaba cumpliendo un sueño. Más aun jugando en aquella denominada Máquina. Jugaba y compartía con los cinco históricos: Muñoz, Moreno, Padernera, Labruna y Loustau. En el torneo local iba todo perfecto, seguíamos y yo ganaba minutos en la cancha. En el ámbito internacional jugaríamos con el Atlético Nacional en Colombia.

Dos días antes de aquel partido estábamos por partir. Mi primer viaje en avión, nunca tuve tanto miedo. Yo estaba acostumbrado a ir a jugar en colectivo, y siempre a distancias cortas. Nos subimos al avión y yo transpiraba de los nervios, mientras todos aquellos hombres experimentados estaban tranquilos y acostumbrados.

Emprendimos viaje y a los diez minutos una tormenta nos acechaba, estaba en la lucha conmigo mismo de dormirme. No lo logré, mis ojos nunca habían estado tan abiertos y mi estómago se volvía al escuchar los truenos y ver los relámpagos. La tormenta era tan fuerte que no fui el único preocupado. El avión no paraba de moverse y en su interior había un ambiente de caos extremo.

Todos rezábamos y empecé a vomitar, creí que era el final. Por mi cabeza pasaba la imagen de mi madre que me había despedido días antes. Después de quince minutos de incesables turbulencias, aterrizamos de emergencia. Me había salvado, y decidí no seguir, el entrenador lo entendió. Ganaron el partido 3 a 0 y ese año fuimos campeones. Fue un final feliz para mí, el jugador que nunca jugó un partido internacional como visitante.

Final del Conde de Montecristo

Juan Gálvez

Después de que Dantés escapó del castillo donde estaba prisionero, y fue a parar a una isla cercana, empezó a idear un plan para poder salir de ahí y llegar a la isla de Montecristo a encontrar el tesoro.

Al fin era libre de hacer lo que quería, ya había estado encerrado alrededor de trece años. Su idea fue construir una balsa para salir de la isla y llegar a algún lugar donde podría conseguir ayuda. A su vez pensó que haría un trato con cualquier persona que lo llevase a la isla del tesoro.

Después de unos días, Dantés terminó de construir su balsa y se embarcó en su nueva aventura, pensaba en lo que el Padre, su amigo de la prisión, le había aconsejado.

Estuvo a la deriva por más de una semana y se alimentaba de la pesca. Hasta que un día llegó a una isla muy pequeña y habitada donde lo recibieron amablemente. Decidió quedarse ahí algunos días para planificar su nuevo viaje hacia el tesoro; pudo hacer un trato con un navegante llamado Pericles quién conocía muchos territorios y a su vez le ofreció una buena porción del tesoro.

Partieron una mañana soleada, después de dos semanas de estar en la isla, el viaje fue muy agobiante y tardaron alrededor de un mes para llegar, aunque con algunos atrasos que se le presentaron pero al fin llegaron. El mapa era real, existía el lugar y las coordenadas, apenas desembarcaron empezaron a buscar las pistas que lo llevarían hacia su gran sueño. Después de tres días de búsqueda Dantés y Pericles, pudieron hallar el tesoro, estaba escondido en las profundidades de una cueva y su contenido era majestuoso, lleno de perlas, coronas, rubíes e infinidad de objetos de gran valor. Pericles no creía lo que sus ojos estaban viendo, entonces decidieron cargar todo hasta la navegación.

Así, nuestros jóvenes exploradores cumplieron con éxito su insaciable búsqueda y Dantés regresó a visitar a sus seres queridos y se fueron a vivir a un lugar a donde nadie los volvería a molestar.

La soledad a veces es una condición humana

Celina Jazmín García Antón

Estaba lloviendo, había niebla y hacía mucho frío. No podía parar de llorar. En mi cabeza me carcomían las ideas de encierro y culpa. Golpeé fuerte la puerta de la iglesia en busca de ayuda. Me recibió el cura, atónito por mi presencia. Sentía mucha vergüenza.

Pasé y me senté en el suelo del altar, aún temblando de miedo.

—Querida Rebeca, ¿qué pasó?

—Padre, me han, me han... —y ahí lloré aún más fuerte que antes por la humillación que era decir aquello.

El sacerdote sólo me abrazó sin dejar de preguntarme quién había hecho tal atrocidad. Cuando ocurren estas cosas, una chica no teme decir el nombre de aquel que le ha robado su pureza, sino que sufre por volverlo a recordar.

—Mi tío —exclamé y finalmente me deshice en lágrimas.

—Ay vida, pero yo no puedo hacer nada más que aconsejarte que escapes y encuentres un nuevo camino.

Y esa era mi realidad, sólo podía huir. Mi tío era presidente del Concejo Deliberante de mi pueblo. Era conocido por todos y amado por su familia, excepto por mí. Desde chica, él siempre me había consentido y querido de manera especial. Me decía que le gustaban mis piernas, porque eran largas y delgadas, al igual que la forma de mi cuerpo, que según él me volvía distinta a las demás. Juramos recorrer juntos el mundo, ya que así podría ver mi andar eternamente ante sus ojos.

Seguido me preguntaba las razones de su afecto, hasta que un día en que me acarició los muslos por debajo de la mesa, comprendí todo. Al principio me impacté, porque toda la vida pensé que su cariño era sincero. Fue entonces que decidí tomar distancia. Dejé de ir a los almuerzos familiares y a su casa los domingos. Mis padres comenzaron a preguntarse qué era lo que me pasaba. Yo siempre les mentí. Sentía que ya estaba a salvo, pero no.

Una tarde a la salida del colegio, una mano me tomó del cuello y otra me tiró del pelo. El miedo se apoderó de mí. Era mi tío, y arrastrándome hacia un pasaje comenzó a gritarme que era una desagradecida reiteradas veces. Finalmente me dejó ir, sólo con la condición de que volviera a ir a su casa.

Regresé la otra semana, temiendo por lo que pudiera llegar a ocurrir, y cuando todos se fueron a ver la novela él me habló por lo bajo. Me pidió que no cuente nada, y que vaya a su habitación. Yo accedí.

Esto ocurrió durante muchos meses, por lo que decidí contarle a mi abuela, una reconocida empresaria que hizo fortuna en una fábrica textil vendiendo telas importadas. Ella era compasiva y juiciosa. Le dije todo y sin miedo, y luego respondió: “y qué quieres que haga”. Después me contó por qué ella iba a dejar pasar la situación. Me habló de su dinero y de lo importante que era en su vida. Especificó razones sin fundamentos por las cuales no podía perderlo. Ahora sí estaba sola.

Salí de la iglesia avergonzada y sin esperanza. Arrepentida de haber accedido por temor a que me lastime. Lo más horroroso de que te violen es que en ese momento y después de que todo aquello haya pasado, uno es finalmente consciente de que las opciones y la libertad son sólo parte de la ilusión, proveniente del imaginario colectivo.

Seguía lloviendo, habiendo niebla y haciendo frío. Caminé sin sentido hasta un banco de una plaza. Perdida me senté y, a lo lejos, vi un gatito sobre el césped que miraba hacia la nada. En ese momento me pregunté si el vacío, la soledad y la tristeza eran sólo una condición humana. Tomé el animalito, lo acurruqué en mis brazos para que después, sentados en el banco de hormigón, pudiéramos abrazarnos. Prendí un cigarrillo con el gatito sobre mi regazo. Terminamos llorando juntos.

Neuropsiquiátrico

Franco Gaspari

Una noche de lluvia, como venía sucediendo hacía un mes en la ciudad de Madrid, Pedro se encontraba haciendo guardia en el neuropsiquiátrico que trabajaba, el cual tenía poca concurrencia, ya que sólo se encontraban doce internados por su antigüedad y estado deplorable.

El establecimiento era muy antiguo, fue creado durante el siglo XVII para brindar un servicio que la gente no tenía en ese lugar. El edificio tenía puertas de madera gigantes, ventanales que daban al parque y se conformaba de tres pisos totalmente grandes.

Pedro, por una necesidad económica, decidió hacer guardia esa noche, la peor noche de tormenta. Por seguridad cerró todas las puertas y ventanas que tenían acceso al lugar, dejándolas bien aseguradas para que nadie pueda entrar ni salir de él.

Durante el rondín nocturno, como se acostumbra en ese trabajo, recorría el tercer piso, el lugar menos habitado, ya que hacía algunos años había fallecido una señora que era la única interna de aquel piso. El sereno comenzó a escuchar gritos, ruidos, y corridas, pero no pudo encontrar a nadie. Revisó todos los pisos y nada, los internos estaban durmiendo en sus respectivos lugares.

La noche siguió pasando y los ruidos no paraban de escucharse, pero ahora por todo el lugar, cada vez más fuertes y constantes. El guardián ya no sabía qué hacer, estaba desesperado, fuera de sí, así pasó toda la noche.

Al llegar la mañana, la lluvia había calmado, entonces abrió todas las puertas y ventanas mientras preparaba el desayuno y despertaba a los internos. En un tiempo libre que le quedó, se sentó con los demás a ver la televisión y quedó paralizado al enterarse que la señora del tercer piso que creían difunta, había fallecido la noche anterior en la cuadra del psiquiátrico en un choque automovilístico.

Una noche mágica

Gabriel González

Pensaba que ese viaje serviría para despejar mi mente. Pero fue mucho más que eso, me cambió la vida.

El 2 de Julio de 2015, tomé mi mochila ya cargada la noche anterior, saludé a mi madre y salí en busca de una aventura. Nunca antes había hecho un viaje de mochilero.

Al llegar a la terminal de colectivos de larga distancia, compré el pasaje del primer destino que saliera. Todo el trayecto desde Buenos Aires hasta Córdoba se me hizo interminable.

Cada vez que lograba dormir, una pesadilla me despertaba. Lo peor, era que se repetía siempre la misma escena en mi sueño: estaba acostado, mirando el cielo, cuando una luz incandescente proveniente de una estrella, cegaba mis ojos. Luego aparecía una silueta, cuya forma no lograba distinguir, que tomaba mi mano. Justo en ese momento, me despertaba. Esas 12 horas de viaje fueron cansadoras.

A mi lado estaba sentado Juan, quien me habló del camping “Buena Esperanza”, un lugar ideal para acampar y pasar la noche. Como aún no tenía planeado donde ir, decidí seguir su consejo.

La noche del 3 de Julio fue cuando pasó todo. Esa tarde, luego de dar varias vueltas por la ciudad, llegué a Villa General Belgrano, donde estaba ubicado el camping. Paola y Ricardo, los dueños del lugar, me recibieron en la entrada. Era un lugar hermoso, como lo había descrito Juan: lleno de árboles, un arroyo que lo atravesaba, caminos que subían y

bajaban debido a las sierras, típicas de la provincia. Era lo que buscaba, un lugar que me conecte con la naturaleza.

Lo más asombroso era el cielo de noche. Podía ver miles de estrellas y apreciar las constelaciones. Sin darme cuenta, pasé horas hipnotizado observando el cielo, acostado en mi bolsa de dormir. De repente, la escena del viaje se repitió: una luz intensa proveniente de una estrella me encandiló. Pero esta vez, cuando la silueta tomó mi mano, yo no desperté. No era un sueño. Era real. Yo estaba ahí. Sentí su mano fría, sentía el miedo correr por mis venas. Estaba como en un estado de shock.

Y pensar que durante mi infancia, me hicieron creer que mis libros de historias extraterrestres eran sólo ciencia ficción.

Una extraña despedida

Patricio Herrera

“... Saben del cariño que siempre les he tenido, saben que lo más importante que les dejo son palabras y enseñanzas, ya que lo material es solo una ilusión”

Como me dijo una vez Paulo Coelho, ahora se los digo a ustedes: Luchen por sus sueños que así sus sueños van a luchar por ustedes, sigan las señales y escuchen a su corazón.

Los amé y amaré siempre. Ya nos volveremos a encontrar. No me lloren, festejen, como siempre lo hice.

Al amor de mi vida,

A Ciro,

A Brida”

Las lágrimas me nublaban la vista, mi hermano, más sensible que nunca, no dejaba de romper cualquier artefacto que encontraba a su paso. Por primera vez, las penas no se iban con el humo, como mencionaba Andrés Calamaro, pero sí en cada pitada encontraba algún recuerdo, alguna risa, alguna ocurrencia de esas raras que tenía papá. Todo eso me llena el alma.

En la radio anunciaban su muerte: “El cantante y líder de La Cuerda Neurótica ha fallecido esta mañana a la edad de 77 años. La causa fue una muerte súbita mientras dormía.”

Las 24 horas pasaron música, canciones y notas que le hicieron. Leía y releía la carta sin cesar, y subrayé (en mi mente, claro) la frase “no me lloren, festejen”. Por ese motivo nos pusimos de acuerdo con Ciro, en buscar el lugar para organizar una fiesta mega monumental en su honor, y el espacio fue un sueño que él pudo tener en vida, al que él logró llegar, el Luna Park.

El cuerpo había sido cremado, la promoción de la fiesta no fue un problema, ya que la publicidad, y hasta el morbo, recorrieron de punta a punta todo el país y distintos rincones del mundo.

Faltaba una hora para el inicio, la entrada costaba \$170, y su recaudación iba a ser donada a sectores humildes de la sociedad, era lo que él hubiera querido.

La podía observar a mi madre, vestida con un sweater rosa como el día en que se habían conocido. A mi hermano (quien lucía igual a mi padre) usando jeans apretados y una remera de la banda. Yo había decidido usar un vestido azul y blanco, haciendo presente la pasión por el Club Quilmes que tanto quería.

El Luna Park estaba repleto, la gente disfrutaba como loca, nadie dijo ni una palabra en su contra, salvo alguno que reclamaba algún cigarrillo. En el momento clave de la fiesta, desde arriba se derramaron las cenizas, todos vivían en él, como siempre lo quiso. En los reservados, nadie hacía el amor, sino que hablaban y recordaban a mucho color todas sus vivencias y anécdotas. Al terminar, todos salían con una bolsita de bizcochitos de vino

blanco, no existió el llanto, sólo había sonrisas. No estaba muerto, sólo se había ido de viaje. Al llegar vi la carpeta de canciones y hubo una frase que me hizo emocionar:

*“Cuestión de esperar o de superar,
Si la vida aprieta entonces vive más,
No sueltes las riendas ni dejes caer
Si para ganar hay que saber perder”*

El viaje que no volvería hacer

Paola Herreros Polanco

Las calles de Puerto Madero albergan la terminal Dársena Norte del Buquebus, empresa argentina y uruguaya de transporte fluvial que conecta algunas de las ciudades de ambos países. Un viaje de negocios, vacaciones o por diversión sirven para embarcarse rumbo a Colonia, Carmelo, Piniápolis o Punta del Este.

El traslado hasta Colonia dura cerca de una hora y media en buque por el Río de la Plata y después se hace conexión en bus hacía el destino solicitado. Si se quiere ir a Montevideo, el viaje en micro consta de dos horas partiendo desde Colonia, y si el objetivo es llegar a Punta del Este el recorrido es de tres.

Octubre fue el mes en que decidieron viajar Javier y Laura hacia Punta del Este para disfrutar y celebrar su primer aniversario juntos. Sin embargo, no imaginaron que al ser temporada baja el paseo se tornaría algo aburrido. Salieron de Puerto Madero a las nueve de la noche y llegaron a su destino a las seis de la mañana del día después. Sin una reserva previa pensaron que al ser aquella ciudad una de las más hermosas de América para veranear y elegida por varios turistas a nivel mundial, iban a encontrar todo abierto y dispuestos a ofrecerle su mejor servicio. Pero no fue así, se equivocaron, encontraron todo cerrado y en casi todos los hoteles se topaban con carteles que decían “estamos de vacaciones, hasta nuevo aviso”.

Les resultó tormentoso encontrar un hotel abierto, la ciudad estaba despoblada, vacía. Alrededor de cincuenta personas la ocupaban en esos días. A pesar de todas las dificultades, la pareja pudo disfrutar de caminatas por el puerto, paseos por las playas, salidas a cenar y de chapuzones en la pileta del hotel. No más de eso ya que era pleno invierno y temporada baja.

La disposición de la poca gente que vivía en el lugar fue muy buena. Los taxistas, recepcionistas, mozos les ofrecieron un excelente trato. Pero eso no fue suficiente para que su viaje fuera el mejor, sino todo lo contrario, el peor.

Al ser una bellísima ciudad, con edificios de una arquitectura inimaginable, era por ende una ciudad cara. Hospedarse una noche en el hotel Cornad, costaba más de 150 dólares, salir a cenar al balneario, cerca de 1500 pesos argentinos. Todo era una locura, pero al fin y al cabo se hicieron de la idea que al menos bastó para conocer la casa de Susana Giménez, Mirtha Legrand y Shakira.

Volvieron a Buenos Aires un tanto decepcionados, esperaban toparse con mucho más y encontraron algo que los aburrió y desanimó más de la cuenta, sobre todo porque los precios eran altísimos para tan poco.

Un mundo nuevo

Alejo Isacch

El mundo había sido invadido y exterminado, o por lo menos mi ciudad. Todo es escombros a mi alrededor, ruinas de ese barrio que era antes, tan prolijo y soleado. Las grietas en el asfalto, los árboles caídos, las casas desfiguradas; era este el resultado del horror. Las naves de los marcianos habían arrasado con todo, en un bombardeo fugaz que acabó con una ciudad entera.

Todo fue sorprendente, era un día normal, pero su cadencia se vio interrumpida por un aluvión de naves que surgieron de la repentina negrura del cielo. Es lo único que recuerdo, algo debe haberme golpeado en la cabeza, porque recién vuelvo en mí y así encuentro el mundo.

Al despertarme sentí la horrible sensación de no saber si fue un sueño, pero esa idea se disipó al ver mi entorno. Corrí desesperado buscando a alguien, alguna vida humana que pudiera contarme lo sucedido o, al menos, compartir mi incredulidad.

No encontré a nadie, por eso estoy aquí maldiciendo y llorando, preguntándome qué pudo ser del resto de la gente, de la que ni los cadáveres quedaron. Busco explicaciones y sólo se me ocurren puras irracionalidades. Por otro lado, nada de racional hay en la situación. El centro de la ciudad nunca estuvo tan silencioso.

¿Dónde están las bocinas? ¿Las calles abarrotadas de autos? ¿Por qué están vacías las tiendas y los supermercados? Ya grité, ya corrí, golpeé puertas de vecinos en vano. Soy el único hombre sobre la tierra. Sé que sólo revisé la ciudad, pero este silencio le corresponde al mundo entero.

—La puta madre —es lo único que digo, para escuchar una voz, aunque sea la mía. Por la impotencia y por la bronca arrojo una piedra. Con las cosas tan destruidas, ¿qué importa romperlas un poco más? Cabizbajo, me tiro de los cabellos con ambas manos. Al caer, la piedra que lancé lejos provocó un gemido absurdo.

Me levanto rápidamente, corro sin pensar hacia dónde cayó la piedra. Ese no es el sonido que hacen las piedras al caer. Llego a una balaustrada de una casa inexistente. Son dudas, de atrás de ésta vino el sonido. La salto habilidosamente y, al voltearme, veo una indescriptible criatura, diferente a cualquier cosa que haya visto. Algo deforme, con un olor hediondo, acurrucada en un rincón. Salto nuevamente la balaustrada y vuelvo corriendo con fuerzas que no eran mías al lugar donde estaba sentado antes. La exaltación me dura un tiempo, no sé cuánto, pero finalmente me decido a investigar. ¿De qué sirve estar vivo, si nadie vive al lado de uno?

Sigilosamente me acerco a la balaustrada, ahora no la salto, sino que la rodeo. No sé cómo va a reaccionar ese extraterrestre asesino, así que me acerco con cuidado. Lo encuentro en el mismo lugar que antes, pero lo observo mejor. Veo miedo en lo que creo que es su cara, el mismo miedo que siento yo. Somos sólo los dos y creo que él piensa igual, porque se levanta y me da la mano.

Ejemplo

Sofía Lafuente

Era una mañana muy fría cuando salió de su casa de la calle Artigas a buscar el diario. De vuelta en su casa se dio un baño de diez minutos, ni uno más ni uno menos, se visitó, se afeitó, peinó y se perfumó. Puso agua a calentar mientras preparaba el mate y leía el diario. Se amargó como cada mañana con las noticias, encontró alguna que otra cosa por la cual

alegrarse pero no le dio importancia. Dejó todo en su lugar, se puso su saco negro largo hasta los tobillos, agarró el portafolio, la llave de su casa y salió.

Miró el cielo y le pareció tan bello como frío. Caminó sin prisa cruzando la plaza que estaba en frente de su casa. Ejemplo caminó hacia la facultad donde daba clase de matemáticas. En el trayecto, saludó a las señoras del barrio con una amigable sonrisa.

Era un hombre muy sabio, todo lo que hacía y la forma en que lo hacía era la correcta. Un hombre sencillo y aparentemente feliz. Era ese tipo de hombre que la mayoría de todos quieren llegar a ser. Ejemplo prefería estar solo y leyendo Borges, tenía dos o tres amigos que para él eran suficientes.

Llegó al salón, dictó la clase y al terminar volvió a su hogar de la misma manera que se había ido de éste. Al llegar, puso la pava con agua en el fuego y se dispuso a preparar el religioso mate post clase.

El domingo a la mañana se dirigió a la iglesia como todos los domingos. Fue saludado por todos los vecinos del barrio de Rawson. A Ejemplo lo saludaban sus conocidos, profesores y alumnos. Cuando la celebración terminó, esperó en la vereda que saliera el cura para saludarlo con un apretón de manos y preguntarle por su madre enferma.

Caminó hacia su hogar con una sensación de bienestar, llegó y cocinó pastas para almorzar. Comió, lavó el plato que usó junto con el vaso en el cual había tomado uno de sus mejores vinos, y se preparó para dormir la siesta.

Esa misma tarde, 7 de Junio, Ejemplo recibió la respuesta de unos exámenes médicos de rutina que se había hecho unos meses antes.

Al día siguiente, luego de dar clases en la facultad, se dirigió al consultorio de su médico con el resultado de los estudios en mano.

El médico lo examinó, luego revisó todos los estudios mientras le hacía preguntas tediosas y concluyó con informarle que padecía una enfermedad terminal.

Ejemplo tenía un cáncer bastante avanzado y el médico le recomendó comenzar de inmediato el tratamiento correspondiente, que con la suerte de ayuda de Dios, iba a poder seguir llevando su vida de una manera medianamente agradable.

Como era de esperarse, Ejemplo murió tres meses después de su visita al médico.

—¿Te enteraste?

—¡No! ¿Qué pasó?

—Ejemplo falleció anoche.

—¿Ejemplo? ¿Ejemplo de qué?

La lucha

Micaela Lo Fiego

El día comenzó con cortes en las calles emblemáticas de Buenos Aires por parte de mujeres que trabajaban para una empresa de productos de cosméticos líder a nivel mundial.

—¡Queremos trabajar en óptimas condiciones! —reclamaba la piquetera que se pone a hombro esta lucha —porque nos discriminan por el simple hecho de ser mujeres, y no nos permiten negociar nuestro salario.

Esto era visto por el empresario, que junto a sus abogados pensaron que sería una mala imagen para la empresa y que podría tener como consecuencia la baja en sus ventas. Él, desbordado, mandó a llamarla para negociar y que esto no siga trascendiendo.

—Buenos días señor.

—Buenos días. Vi sus declaraciones y quiero llegar a un arreglo para que no se agudice la situación.

—Queremos un aumento y mejores condiciones de trabajo porque es un derecho.

El empresario se la quedó mirando pensativo y llegó a una conclusión:

—Un 10% más y cierro el trato.

—¡Miserable! No todos somos iguales a usted. No todos podemos vivir en casas grandes y darnos los gustos que queramos como usted.

—¿Y para qué quiere más?

—Mantener a mi familia y vivir dignamente. ¿No le parece suficiente argumento para el reclamo?

—Era lógico que me diga esto porque siempre quieren quedar como víctimas para conseguir lo que piden.

La mujer se quedó perpleja ante este dicho. Se levantó y se dirigió a la puerta.

—Esta lucha no termina —dice la piquetera —las mujeres somos mucho más que el discurso sobre la familia —retirándose de la oficina sin esperar respuesta del empresario.

El garca

Felipe Martiarena

—Pagame.

—No tengo plata, ya le pagué a todos.

—¡Hijo de puta, hace dos meses que no me pagás y sabés que sin mí esta empresa se viene abajo!

—Escúchame, Darío. ¿No entendés que no tengo guita? ¿Sos boludo o practicás?

—Más vale que la semana que viene me traigas la plata porque si no vengo y te prendo fuego todo. No me importa si no tenés plata.

—Vos quedate tranquilo que la semana que viene cobrás.

Así sigue esta historia. Siempre el mismo diálogo, las mismas amenazas desde hace 10 años.

Darío es el boludo al que siempre le pagan tarde, el típico con el que se lavan las manos. Y encima, como no tiene amigos dentro de la empresa, no lo apoya nadie. Porque para cuando él protesta, todos ya cobraron. Es casado y vive con Mirtha, morocha de 32 años que tiene dos hijos: uno de Darío y el otro de su vida anterior.

Este muchacho llega a su casa con la misma expresión de siempre:

—No me pagaron —arrugando su cara y amagando el llanto contenido entre sus ojos llenos de tierra.

Eduardo es el nombre del jefe. Un garca de esos en lo que pestañas y te están sacando las monedas de los bolsillos. Este tipo es un estafador pero eso no quita que Darío sea un boludo.

A la semana siguiente de esa charla, estos dos se vuelven a encontrar en la misma situación.

—¿Y? —dice Darío.

—El miércoles te la traigo —respondió Eduardo.

—¿Vos me estas jodiendo? Yo te tengo que re cagar a trompadas.

—El miércoles cobras los dos meses. Te lo juro.

—No me traes la guita y te quemo la fábrica, ¿me entendiste?

—Si, vos quedate tranca —le responde con una pasividad inquebrantable.

Llega el miércoles y Darío no recibe la paga del día, entonces cuando lo ve a Eduardo no le dice nada y va directamente a la gasolinera donde trabajaba un amigo. Tenso, y con un clima abrumador dentro de su mente, le dice al playero que vaya al baño porque estaba rebalsando el inodoro. Confiado, llega a ver el inodoro y no parecía haber ningún problema pero de repente siente un golpe en la nuca y queda tieso en el suelo.

Una vez neutralizado su amigo, se dirige con su camioneta al surtidor y la llena de combustible por fuera, la baña en nafta y carga en la caja dos barriles con combustible. Rápidamente, él y su Rastrojera gris, van hacia la fábrica superando todo tipo de barreras hasta que choca contra el reactor que da energía a toda la planta. No bastaron segundos para sentir la explosión de la casa de Eduardo, el cual se suicidó al ver la caída de su empresa desde su ventana.

Lo que esconde la oscuridad

Carolina Niz

A Ana no le gustaba quedarse sola. Cuando tenía ocho años viajó con sus padres para pasar junto a su abuela sus últimos días de vida. La niña solía temerle porque en las noches, o durante el día, escuchaba los alaridos de la anciana que solo imploraba la muerte.

Un día (el cual jamás podría olvidar) despertó sola en la habitación que compartía con sus padres. Su abuela gritaba pidiendo ayuda, Ana salió y buscó por toda la casa a algún mayor, pero no había nadie. Ingresó asustada y se acercó a su abuela, ésta tenía los ojos hinchados y marcas del tiempo que se demacraban más con el cáncer que le aquejaba. La anciana tomó su mano con fuerza y comenzó a gritar, Ana no podía recordar con exactitud lo que aconteció después, recuerdos nublosos la perseguían.

Ana recordaba aquel trauma al momento de ingresar a su habitación, intentó prender la luz pero la lamparita se había quemado, al momento de notarlo la puerta se cerró tras de sí, pretendió abrirla pero no funcionó. Suspiró para relajarse, probó nuevamente sin conseguir abrirla. Allí cayó en la cuenta de que estaba encerrada, totalmente a oscuras, la respiración le falló, el aire pesaba y el rostro de su abuela se aparecía en su mente, aquella sensación de no estar sola la abordó, tembló, sus manos soltaron la puerta y se tomaron la una a la otra. Ruidos, pequeños golpeteos se perdían en la oscuridad, a Ana le parecía inmensa, como si la tragase.

“TOC, TOC”, se escuchaba al fondo de la habitación. Sentía sus músculos paralizados pero aun así los obligó a moverse, caminó a ciegas, chocó varias veces hasta llegar al otro extremo de su cuarto, colocó la palma de sus manos en la pared, se sentó por unos segundos a salvo hasta que un suave dedo recorrió su mejilla, gritó, rompió en llanto. La historia se repetía, la imagen borrosa pero aterradora de su abuela tomando su mano, la puerta cerrada, los gritos, el terror y aquellas dos palabras que profesó la anciana antes de morir: “¿vendrás conmigo?”

—¿Vendrás conmigo esta vez? —le susurraron al oído, corrió hasta la puerta y golpeó tan fuerte como pudo.

La puerta se abrió al cabo de una hora. Ana yacía sentada con la vista clavada en algún punto. Su hermano la levantó en brazos y la recostó en el sofá, su madre le hablaba pero ella no salía de ese estado.

—Cada vez es peor —dijo el joven que la observaba con resignación.

—Los médicos insisten que no es nada, pero ¿encerrarse? —la mujer tomó su cabeza —desde esa vez que se encerró con el cadáver de mi madre que esto continúa y parece que no acabará.

Aniquilación planificada

Leonel Pánico

La amenaza de una catástrofe atómica, capaz de borrar a la raza humana, inquietaba al mundo. Gradualmente la vida comenzó a menospreciarse cada vez más y los límites no tardaron en ser transgredidos. La moral se fue debilitando hasta desvanecerse en conflictos

mortales.

Aquellos privilegiados con férreos principios y convicciones no cayeron al profundo abismo de caos. Ellos consiguieron evitar la desesperanza, solo ellos. En cuanto a los demás, simplemente se dejaron apoderar por la desesperación o la más ferviente locura. Abandonaron la ética y abrazaron la indiferencia.

Ya nadie ayudaba al prójimo desinteresadamente, las relaciones entre las personas comenzaron a forjarse en base a obvios intereses de supervivencia. Muchos quedaron desprovistos tanto de suministros como de armas, y su destino fue aceptar la muerte.

Los seres humanos dejaron de ser humanos y pasaron a convertirse en meros salvajes, temerosos a la extinción. Combatían, disputándose armas o alimentos. Fue el deseo de sobrevivir el que los motivaba para asesinar y esclavizar a otros.

Se traicionaron entre ellos cada vez que se les presentó la oportunidad de hacerlo, exterminaron la confianza desde la raíz. El individuo en su soledad, intentó vivir su vida alejado de los demás. Sin más alternativas, los humanos jamás volvieron a coexistir.

La lejanía de la sociedad los enloqueció, los desesperó y finalmente, los extinguió. Nunca supieron que toda esta tragedia fue premeditada, y nula resistencia manifestaron para evitarla. Es curioso cómo la planificación mejor preparada y más eficaz haya sido su exterminio. Sin embargo, no es nada extraño este final para la peor de las historias de terror, la existencia humana.

La muerte letal

Kevin Phravichit

Hace varios atrás, en una ciudad tranquila, vivían personas de clase alta.

A unos doscientos kilómetros del lugar, existe un pueblo abandonado, el cual se caracteriza por la profunda niebla constante durante todo el año. En ese lugar existe un mito: quién atraviesa aquel pueblo desaparece. Este es un motivo por el cual cerraron la ruta que une ambas ciudades.

En ese pueblo, todos los días eran iguales y así también todos los meses. Hasta que un grupo de jóvenes aventureros que provenían de un lugar muy lejano, se perdieron poco a poco hasta caer en un banco de niebla muy profundo que les quitó todo tipo de visión.

Al bajar del auto no veían nada, solo casitas de madera a lo lejos en el pueblo destruido y solitario. En un momento se empezó a poner gris y cada vez más oscuro, hasta que de pronto les empezaron a agarrar los pies de a uno y en un abrir y cerrar de ojos todos fueron capturados y apareciendo en diferentes partes de aquel temido pueblo.

Esa noche fue muy oscura para aquellos jóvenes que ni idea tenían en donde se encontraban. Asustados y con el temor de morir sin despedirse de sus familias.

Al día siguiente, todos aparecieron en una cancha de deportes, atados de manos y pies, mirándose lentamente uno a otro. De repente uno a uno fue muriendo dolorosamente, torturados, masacrados y gritando de tanto dolor. Los que iban quedando con vida no entendían que estaba pasando, y nunca más lo sabrían. Todos fueron muriendo con solo ver el día oscuro y un charco de sangre a sus alrededores.

En el cerro

Renzo Polo

En la ciudad de Victoria, Provincia de Entre Ríos, República Argentina, se encuentra un pequeño cerro conocido como “La Matanza”, lleva ese nombre porque ahí es en donde fueron asesinados los pueblos aborígenes “Calchaquíes”, residentes de la zona, en la época

colonial. Aún se preservan sus tumbas, de color gris, con números en ellas indicando el orden de las víctimas que fueron asesinadas, en total son catorce.

Pero “La Matanza” oculta otro secreto, encima del cerro, en las frías noches de invierno cuando el gran reloj de la ciudad, ubicado en el piso más alto de la municipalidad de victoria, con sus manecillas indicas que son las 00:00 horas, las personas que viven en los alrededores del cerro, cuentan que este se tiñe de luces predominantemente de color amarillo y negro.

A este misterioso lugar llegamos en un viaje de turismo, mi familia y yo, para presenciar el espectáculo lucífero, provocado según cuentan las lenguas del pueblo por ovnis.

El colectivo que nos transportó, arribo a las 23:30 horas. Juan Martín González, nuestro coordinador, nos dio las siguientes instrucciones:

—Miren todos —dijo señalando un terreno del cerro, que hacía dos años funciona como pista de carrera de motociclistas —aquí es donde vamos a esperar que el espectáculo de su inicio.

—¿Hay algún baño cerca? —pregunté con la mano en alto, mientras mostré mis ansias por dejar salir de mi cuerpo los tres vasos de Fanta que bebí durante el viaje.

Sonriendo, pero por dentro burlándose mi pequeño sufrimiento, dijo que no, que hay que hacer las necesidades de básicas en el bosque de los “ombúes”, que se encuentra en el mismo predio. Bajé antes que ninguno hacia ese sitio, corrí aguantando las ganas de hacerme en mis pantalones, hacia un lugar donde nadie podría verme.

Una vez libre de mi apuro, entre tantos árboles me sentí perdido, pero continué camino y me encontré con un ser que nunca antes había visto.

En una rama del ombú que estaba frente a mí, estaba posado lo que yo supuse que era un búho negro, muy emplumado, con ojos negros y amarillos que miraban y miraban fijamente.

Basta abuelo

Juan Manuel Real

Era un domingo de invierno del 2015, y como es costumbre, Lautaro de 17 años y su familia, iban a comer a la casa de la abuela. Al contrario de lo que le pasa a la mayoría de los jóvenes, a Lautaro le gusta mucho ir a las reuniones que organiza su abuela, ya que suelen ir sus dos tíos paternos junto con sus hijos, o sea sus primos que son tres: Mariano, Guillermo y Rodrigo con los que se lleva muy bien y se divierte mucho. Además de esto, su abuela siempre lo recibe con mucho cariño y es una gran cocinera, como que genera mucho entusiasmo en él.

Sin embargo siempre existe el mismo inconveniente y es su abuelo. Si bien su abuelo es una persona muy amable, cariñoso con su familia y educado, es muy conservador y fervientemente religioso.

Esto último genera un malestar continuo en Lautaro ya que su forma de expresarse, sus gustos, opiniones y más que nada su ateísmo es constantemente criticado por su abuelo, quien lo confronta en cada reunión familiar frente a todos generándole un momento incómodo y de bronca.

Ese domingo, la abuela había preparado ñoquis con salsa carbonara, un plato que es de su especialidad. Estuvo muy rico como de costumbre y de postre sirvió café con chocotorta, sirviéndola en generosos pedazos para todos.

Mientras Lautaro se encontraba comiendo el postre y charlando alegremente con sus primos y tíos sobre fútbol, el colegio, viaje de egresados y demás, su abuelo que estaba

enfrente a él en la mesa y había hablado poco, arremetió con un típico comentario buscar roña de él.

—Che Lauti, sabés que el padre Jorge me preguntó por qué dejaste de ir a misa siempre que voy.

—Si ya sabés que no me gusta y no me interesa más ir a misa, no creo en Dios, me vivís preguntando siempre lo mismo —respondió Lautaro enojado frente al silencio de todos.

—Todavía no entiendo como pensás así, eh. Debe ser por los amigos idiotas que tenés, o por las pelotudeces que ves en internet... no sé —suspiró —sos un caso perdido nene —respondió mientras se metía un trozo de torta en la boca.

En ese momento, Lautaro, rojo de ira e indignación, se propuso responderle como se merecía, diciéndole que lo deje de joder y de meterse en su vida. Pero entonces, su padre que yo conocía bien al abuelo y como su hijo lo había padecido mucho, se dio cuenta y golpeó el pie de Lautaro suavemente por debajo de la mesa, dándole a entender que se contenga y no diga nada. Lautaro lo miró a él y a su madre, y se quedó callado con una expresión de asco muy notable.

Una vez en el auto, de vuelta a casa, Lautaro le reclamó al padre:

—Me tiene harto el abuelo, pá. Me viene jodiendo con que soy ateo ¿por qué no se deja de romper las pelotas?! —dijo enojado.

—Bueno Lauti ya está, no te enojés, yo te entiendo pero ya lo conoces al abuelo, no le des bola. Es una persona grande además.

—Tiene razón tu padre, Lau, él es así —agregó su madre.

—Como si eso justificara su actitud —se quejó —igual si, ya que, pero ya es insoportable —concluyó y susurró por lo bajo: “es un viejo ignorante”.

—Mejor así hijo, ya te vas a acostumbrar como yo, acordate que lo tuve que padecer toda mi vida con esa actitud de mierda —respondió su padre.

Lautaro lo miró con lastima y se quedó callado. No volvió a tocar el tema, de menos hasta el próximo domingo.

La trampa francesa

Julián Saldarini

Luego de la visita de Paul y sus amigos al hospital donde Kemmerich se encontraba herido y por morir, todos tuvieron muchos sentimientos encontrados. Ver la muerte delante de sus ojos, reflejada en la imagen de su compañero, lo llenó de una tristeza enorme y no pudo evitar las lágrimas, aunque sabían que no eran tiempos de lamentos, ya que la guerra los acechaba.

Kemmerich, le había dejado una carta a Paul para que se la entregue a su madre, en la misma le explicaba el amor que le tenía a su patria y la importancia de la victoria en esa guerra. Además le pidió por favor, que le mienta a su mamá sobre el desenlace de su fallecimiento, ya que morir de esa manera no era digno, y además, saber la verdad le iba a provocar un sufrimiento insaciable.

Paul buscó la manera de escaparse de la guerra, con el fin de cumplir las últimas palabras de su amigo, y también, por la angustia que le producía seguir peleando por la patria en dicho conflicto bélico.

Así fue que ideó un plan un tanto peculiar, agarró un traje de un fallecido del ejército francés y se hizo pasar por un comandante de allí. Como él pertenecía al ejército contrincante, esperó que se haga la noche y fugarse.

En la oscuridad, se movió sigiloso para que nadie lo escuche. Finalmente llegó a Francia, estuvo varios días a la intemperie, con hambre y sufrimiento, hasta que consiguió un boleto de tren que lo lleve de regreso a su hogar.

Al llegar a Alemania, por su vestimenta lo abucheaban y su madre no lo reconoció. Al darse cuenta del traje que portaba, le contó a su madre que lo tenía puesto por el frío que había pasado. Lo prendió fuego, besó a su familia, y luego se dirigió a la casa de la familia Kemmerich a cumplir con su promesa.

La advertencia de la criatura

Lucía Sánchez

Era un día caluroso de enero, con mi familia decidimos ir al club de la ciudad, llamado “Mar y Sol”, para disfrutar de la pileta y jugar al tenis. Mi hermana y yo fuimos más temprano que nuestros padres, en bicicleta. El calor era agobiante, por eso estuvimos durante una hora en la pileta y luego fuimos a la cancha de tenis.

En una jugada, mi hermana golpeó con tanta fuerza su raqueta que la pelota tomó altura y velocidad e impactó fuera de la cancha. Me tocó a mí buscarla, como consecuencia de ser la menor. Observé que en el cielo aparecieron unas nubes grises que me llamaron la atención. Encontré la pelota y volví hacia donde estaba mi hermana, que me dijo que no juguemos más y vayamos de nuevo a la pileta. Así lo hicimos.

Mientras nadábamos, vi más nubes en el cielo. El guardavidas alertó sobre una posible tormenta y pidió a los que allí estábamos que abandonemos el lugar. A nosotros nos pareció una exageración.

De repente, el cielo quedó totalmente gris. El viento comenzó a soplar con una fuerza increíble, nos asustamos un poco y salimos. Al alejarnos, escuchamos un extraño ruido, como si fuera un grito. Nos dimos vuelta y el guardavidas tenía su vista en dirección a las alturas, entonces miramos también y vimos una luz verde brillante que apuntaba hacia la pileta. Fue tal nuestro desconcierto que permanecemos inmóviles observando.

La gente corrió desesperada a sus vehículos, otros llamaron a la policía. Mi hermana no parecía asustada y me dijo que nos acerquemos para poder ver. De la parte profunda de la pileta comenzó a ascender una criatura increíble. Primero se vio su cabeza: era verde y brillante como la luz, sus ojos estaban irritados, demostraban una especie de cólera. Luego se descubrieron sus tentáculos, eran más de ocho, con una textura similar a la de un pulpo. El objeto tenía un aspecto asqueroso, de su boca caían babas.

Yo estaba perpleja, mi hermana no. Me alejé y ella siguió ahí. Le rogué que nos vayamos porque estaba aterrada y mi cuerpo temblaba. Fue inútil, ella parecía no escucharme. Entonces corrí en busca de ayuda, no había nadie en el lugar, volví a la pileta. El objeto que había ascendido estaba dialogando con mi hermana. Era difícil de creerlo en mi sano juicio. La criatura no aparentaba hacernos daño, al contrario. Con su voz temblorosa, nos alertó que el mundo se encontraba en peligro, no sólo por los desastres naturales sino por la violencia y la ambición que reinan en el universo de los mortales.

Soledad

Emanuel Schell

Una cama grande en un rincón, un hombre sentado en ella mirando el techo. Las luces apagadas apenas dejan ver dos ojos perdidos que no logran cerrarse, la habitación vacía lo afirma, está solo.

Se levanta, se dirige al baño y lava su cara, las luces siguen apagadas pero él logra ver a alguien en el reflejo de la oscuridad. Lo mira, lo analiza, intenta tocarlo y le habla. No hay nadie.

Vuelve a acostarse, prende la luz y la ve. Ella lo observa, camina hacia al lado de su cama y le acaricia el pelo. Le susurra en el oído y lo seduce. Un escalofrío recorre su cuerpo, apaga la luz, la ignora y vuelve a mirar al techo.

Se sienta en la cama, enciende un cigarrillo y prende el televisor, baja el volumen hasta dejarlo en mute y se queda observándolo. La imagen en blanco y negro que ilumina la habitación, y el humo del tabaco se mezclan en el ambiente. Su mirada recorre alerta todo el lugar, algo va a suceder.

Él la ve parada al lado del televisor, su figura lo hipnotiza. Intenta volver a ignorarla, no lo logra, ella lo sabe. Con paso lento se dirige hacia él, se sienta a su lado y toma su mano. El apaga su cigarrillo y, vencido, se duerme junto a ella rápidamente.

Una cama grande en un rincón, un hombre recostado durmiendo en ella. Los primeros rayos de sol asoman en la habitación y dejan ver lo evidente: está solo.

Abre los ojos, mira hacia un costado, mira hacia el otro. La busca con la mirada por toda la habitación, ya no está. Vuelve a mirar el techo sin cerrar los ojos. Alguien lo observa.

El hombre y la botella

Tomás Urrutia

Cuando los asesinos se fueron, George corrió a desatar a Nick y a Sam, y les dijo: —Anda rápido Nick, avísale a Ole que lo van a asesinar.

—Ya voy —le contestó mientras cruzaba, atolondrado, las mesas del bar. Cuando llegó a la pensión vio que todo estaba en ruinas. Salía fuego por las ventanas, y un auto se iba a toda velocidad por la avenida principal.

El camarero vio a un hombre de aspecto roñoso, sentado en el cordón de la vereda, justo en frente de la pensión destruida, y le pidió que le cuente qué pasaba. El hombre dejó su botella de vidrio oscuro, cuyo contenido no dejaba ver, y empezó a relatar:

—Llegaron dos señores bastante apurados en un auto negro. Uno se bajó y, sin dudarlo, golpeó al seguridad hasta dejarlo inconsciente, mientras el otro se bajaba con un bidón de líquido color rosado.

—Pero, ¿me puede dar la descripción de qué hicieron sin tanto preámbulo? —le interrumpió Nick.

—Después de golpear al seguridad, el hombre más alto entró a la pensión y se escucharon gritos desesperados de una mujer y un niño, que después salieron corriendo, mientras yo me limpiaba el pantalón y no paraba de rascarme.

—¿Cómo? ¿Cómo fue?

—No me di cuenta del hormiguero que había justo...

—¿Cómo terminó todo incendiado?, ¡vaya al grano, hombre! —intranquilo, Nick intentaba pedirle al hombre que se apure, que deje de divagar.

—En un momento —prosiguió el señor después de eructar —se escuchó un ruido muy fuerte, como el de una explosión, un par de disparos y después un gran silencio.

—¿Cómo terminó todo? —desesperado, cuasi transpirando, Nick pedía que termine el relato.

—Cuando estaba, usted, llegando a la esquina, un solo hombre de pantalones con tiradores y una camisa arremangada salió corriendo, se subió al auto y, a toda marcha, se fue del pueblo.